

CAPITULO XXVII.

(1865)

Los prisioneros de Francia.—Expedición del general Arteaga.—¡A Uruapan!
—Ataque y toma de la ciudad.—Fusilamientos.—El padre Pachito.—
Una columna de franceses.—Pueblita.—Asesinato de este jefe.—Rasgos
biográficos.

Mejor de lo que mi memoria pudiera hacerlo, la siguiente orden general del Cuartel General del Ejército del Centro, dará á conocer á los lectores la organización de nuestras fuerzas al comenzar el mes de Junio de 1865.

“Orden general del Ejército Republicano del Centro, del 2 al 3 de Junio de 1865.—Jefe de día para hoy el C. teniente coronel Carlos Borda.—Ayudantes de guardia en el Cuartel General el C. comandante de batallón Antonio Beltrán y teniente Epitacio Gaona, y en esta Mayoría general el C. capitán Miguel García Aguirre..... El C. general en jefe del ejército ha dispuesto que la primera división quede organizada de la manera siguiente:

“Es general en jefe de ella el C. general Vicente Riva Palacio, y su segundo el C. general Nicolás de Régules.—La primera brigada, al mando del general Nicolás de Régules, segundo en jefe de la división, la formarán los batallones 1º, 2º, 3º y 4º de Michoacán, 2º Cuerpo Lanceros permanente del Ejército, 2º Lanceros de Toluca y 3º de Michoacán (antes Lanceros de Codallos), y la sección Solorio, con media batería de montaña.

“La segunda brigada la compondrán los batallones 5º, 6º y 7º de Michoacán, primer cuerpo “Lanceros de Toluca” y

3º del mismo, antes “Escuadrón de Pachuca,” con una sección de artillería de montaña; siendo jefe de esta brigada el C. coronel Pedro García.

“La tercera brigada, al mando del C. coronel Ignacio Zepeda, la formarán el 8º batallón de Michoacán, 7º Cuerpo de Lanceros permanente y el cuerpo activo “Lanceros de Jalisco” con una sección de artillería de montaña.

“La cuarta brigada, al mando del C. general Esteban V. León, la compondrán las fuerzas de Zitácuaro y cuerpo de “Lanceros de Guerrero,” que manda el C. teniente coronel Castillo, así como la sección expedicionaria del Sur de Toluca.

“La quinta brigada, al mando del C. coronel Leonardo Valdés, la compondrán el “Batallón de Núñez” y 1º y 2º escuadrón “Fieles de Huetamo,” con una sección de artillería de montaña.

“La sección Garnica la compondrán el 10º batallón de Michoacán y el primer cuerpo Lanceros del mismo Estado, antes “Lanceros de la Libertad.”

“La sección Ronda se compondrá del 9º batallón de Michoacán y 2º Lanceros del mismo Estado, antes “Lanceros de Puruándiro.”

“Será mayor general de la división el C. coronel José María Méndez Olivares; mayor de órdenes de la primera brigada, el C. teniente coronel Luis Santa María Cruzado; mayor de órdenes de la segunda brigada, el comandante de escuadrón Lorenzo Contreras; de la tercera brigada es mayor de órdenes el C. teniente coronel José María Gómez Humarán; de la cuarta brigada, el teniente coronel Carlos Castillo; y de la quinta, el comandante de escuadrón Jesús Barajas..... De orden general, el mayor general *M. G. Aguirre*.¹—Comunicada.—*F. G. Aguirre*.”

La segunda división, de que era jefe el general Manuel García Pueblita, se componía de los dos batallones 1º y 2º de

¹ Hago mención en esta nota del general Miguel García Aguirre, nombrado Cuartelmaestre del Ejército Republicano del Centro. Era un jefe patriota y valiente que, enfermo y de una edad muy avanzada, no quería abandonar las filas. A poco tiempo, agravados sus males, falleció en Huetamo el 12 de Septiembre del mismo año (1865).

Matamoros, y de tres cuerpos de caballería que formaban la 1ª brigada; la 2ª era la de Querétaro, á las órdenes del coronel León Ugalde; y la 3ª, la de Guanajuato, compuesta de diversas guerrillas que mandaban Bermúdez, Domenzain, Bravo y algunos otros jefes.

Puede calcularse que el total del ejército del Centro era de cuatro mil hombres, advirtiéndose que en la enumeración hecha había batallones tan pequeños que apenas llegaban á cien plazas, y ninguno tan grande que excediese de cuatrocientas. Digo lo mismo respecto de la caballería: ni podían refundirse unos cuerpos en otros, porque era preciso guardar consideraciones á los respectivos jefes, á cuya iniciativa, actividad y buenas relaciones se debía la existencia de aquellas fuerzas. Por otra parte, en la guerra de montaña era muy útil el fraccionamiento de tropas y el envío de éstas á las localidades de que tenían especial conocimiento los que las mandaban.

Copiaré en seguida otras dos órdenes generales que recuerdan el valioso contingente que por aquellos días recibió nuestro ejército. Dicen así: "Tacámbaro, etc. — Orden general del Ejército del 24 al 25 de Mayo de 1865.—Jefe de día para hoy, el coronel Ignacio Zepeda.—Ayudante de guardia en el Cuartel General, el C. subteniente Andrés Frías, y en esta Mayoría General el C. capitán Felipe Aguirre.

"Lanceros de Jalisco nombrará una patrulla y el 2º escuadrón del Ejército otra.

"Con esta fecha me dice el C. general en jefe del Ejército lo siguiente: "Con fecha de ayer se han incorporado á este ejército los ciudadanos comandante de batallón graduado Francisco María Ortega y capitán Antonio Beltrán, prisioneros en Francia, del benemérito ejército de Oriente, quienes, después de un largo y penoso viaje, han vuelto á su patria, deseando prestarle sus servicios. Este Cuartel General, apreciando en su justo valor la abnegación y patriotismo de los referidos ciudadanos, comprende que son dignos de la estimación de todos los mexicanos, porque, á pesar de la miseria y privaciones que sufrieron durante su destierro, no aceptaron las condiciones deshonrosas que se les proponían para recobrar su libertad, prefiriendo vivir del mezquino producto

de su trabajo personal. En consideración á tan digna y patriótica conducta, este Cuartel general les concede el ascenso inmediato, y entretanto son colocados, pasan al Estado Mayor del que subscribe.—*Arteaga.*"

"Lo que se participa á vd. para que, por la orden general del día, lo haga saber á todo el ejército, haciendo de ellos mención honorífica.

"Lo que se hace saber por la orden general del día para conocimiento de todos los individuos del ejército.—De orden superior, *Aguirre.*—Se comunicó, *Felipe García Aguirre.*"

El segundo documento dice: "Ejército Republicano del Centro.—Mayoría General.—Orden general del Ejército del 13 al 14 de Junio de 1865.—Jefes de día para hoy, el C. coronel Ignacio Zepeda y teniente coronel Luis G. Carrillo.—Ayudantes de guardia en el Cuartel General, el C. coronel graduado, teniente coronel Margarito Cárdenas y capitán Feliciano Cárdenas, y en esta Mayoría general el capitán Felipe García Aguirre.

"Las tropas que se encuentran en esta plaza estarán dispuestas para marchar á la hora de costumbre.

"Los ciudadanos José María Pérez Milicua, teniente coronel de caballería; Jesús M. Romo, comandante; Crispín Solís, subteniente de Artillería; Rafael Cano, capitán de infantería; Francisco de P. Güido, Jesús Cordero y José Guadalupe Caldelas, tenientes de infantería; Juan M. del Castillo, Agustín Garduño, Ramón Ontañón, Francisco Paredes y Felipe Rivera, subtenientes de la misma arma; Antonio de León y Florentino Valencia, capitán el primero y el segundo teniente de caballería, con fecha de ayer se han incorporado al Ejército del Centro, en donde continuarán prestando sus servicios.

"Este Cuartel General ha visto con satisfacción la digna y patriótica conducta del referido jefe y oficiales, porque perteneciendo al benemérito Ejército de Oriente, fueron hechos prisioneros en el sitio de Puebla, y con ese carácter marcharon á Francia, en donde estuvieron expatriados. A pesar de los sufrimientos consiguientes á su situación, con el valor que habían manifestado en el peligro resistieron enérgicamente las amenazas y halagos del gobierno francés, y formando una

excepción honrosa entre sus demás compañeros, sin reconocer el imperio de Maximiliano, prefirieron emigrar á España, en donde por largo tiempo vivieron en la miseria con el fruto de su trabajo personal.

“En recompensa de tan acrisolada conducta, y como una muestra de gratitud á que se han hecho acreedores, este Cuartel general, por virtud de las facultades con que se halla investido, concede á cada uno de ellos el ascenso inmediato, y así lo hará vd. saber en la orden general del día, después de la mención honorífica que corresponde.”¹

¹ Como un curioso documento histórico, reproduzco en seguida el acta que aquellos patriotas suscribieron en San Sebastián, en España:

“ASOCIACIÓN DE LOS EMIGRADOS MEXICANOS.— Los abajo firmados nos comprometemos, formando una asociación, á lo siguiente:

“1º Todos procuraremos trabajar en arte, oficio ú otro trabajo personal.

“2º El producto de nuestro trabajo se depositará en una Caja común, sin reservar para sí ninguna parte.

“3º El sobrante que resulte en caja cada semana, después de los gastos indispensables, será depositado en una casa de comercio ó banco, para formar un fondo con que transportarnos á nuestra patria. En este mismo fondo ingresará todo el demás dinero que se pueda agenciar, sea cual fuere su procedencia, á menos de no venir ya destinado para el exclusivo objeto de pago de deudas anteriores.

“4º Los individuos que por algún motivo no pudiesen dedicarse á trabajos fuertes, lo harán en los mecánicos de la asociación.

“5º Si aconteciere la desgracia de que algún socio enfermase, se le condonará para sus gastos menores y el transporte, como si hubiese trabajado.

“6º En el evento de que un socio deseara separarse y pidiese la parte que le correspondía, se le dará, renunciando por este hecho al transporte, aun cuando no fuese á separarse de la asociación, sino debido á crédito ú otro motivo.

“7º Todos los emigrados nos comprometemos á permanecer unidos y salvarnos todos juntos, salvo el caso de que transportados por cuenta de otra ú otras personas, se haga el viaje por fracciones. En este caso se sortearán los que deban marchar, á menos que la persona remitente no eligiese expresamente los que debiesen ser los primeros.

“8º Se nombra presidente de la asociación al C. José M. Pérez Milicua.— San Sebastián, Enero 9 de 1865.— Jesús María Romo, Urbano Delgado, Víctor López, José María Herrera, Francisco G. Güido y Zaragoza, Norberto Garrido, Pablo D. Mejía, E. M. Castellón, Francisco María Ortega, Juan M. del Castillo, Antonio Beltrán, José Guadalupe Caldelas, Francisco Rivera, Tomás R. Pizarro, Modesto Medina, Ramón Ontañón, Agustín Garduño, Crispín Solís, Florentino Valencia, José M. Obando, Rafael Cano, Eugenio Guzmán, Juan N. Guzmán, Francisco Paredes, Luis G. Aponte, Felipe Rivera, Jesús Cordero, Miguel Aponte, Antonio de León, Guadalupe Gallardo, Ramón Adalberto López, Felipe Bidas, Emeterio Ramírez, Luz Fernández, José M. Pérez Milicua, José Montesinos, Pablo Rocha, Manuel Aburto.”

“Lo que se hace saber en la orden general del día, para conocimiento del Ejército y satisfacción de los interesados. De orden superior.— Aguirre.— Comunicada.— M. G. Aguirre.”

Sólo me resta decir, á propósito de aquellos ameritados jefes y oficiales, que, desembarcados en Acapulco, el general Alvarez les proporcionó algunos recursos y les dió su pasaporte para Michoacán. Así fué como llegaron á Tacámbaro.

Con dos mil hombres de la 1ª División, descontadas la 4ª y 5ª brigadas, que permanecieron en sus respectivos terrenos, emprendió el general Arteaga una nueva campaña que quiso mandar personalmente. En aquellos días estaban ocupadas por el imperio todas las poblaciones de importancia del Estado, con excepción de Ario y Tacámbaro: las guarniciones enemigas, según el cálculo del escritor D. Jesús Rubio, no bajaban de tener en conjunto un efectivo de cerca de seis mil quinientos hombres; además, había las columnas expedicionarias de Van der Smissen con seiscientos, la de Ramón Méndez con mil, la del general Luis Tapia con otros tantos; y aunque De Potier había ya regresado á México, quedaba de observación en Puruándiro la columna del coronel Clinchant, fuerte en más de ochocientos hombres, que eran un batallón de zuavos, un escuadrón de cazadores de Africa y una contraguerrilla de *mexicanos*. Contaba, pues, el imperio con diez mil soldados en el territorio de Michoacán, en el mes de Junio de 1865.

Todavía así, á instancias del prefecto político de Morelia, “Maximiliano—dice el historiador Niox—reclamaba de Bazaine el envío á Michoacán de una fuerte columna francesa, para *terminar* allí la pacificación. Pero—agrega—¿cómo pacificar un país en el que los liberales estaban seguros de encontrar en cada casa un abrigo, en cada habitante un amigo?” Fíjense los partidarios póstumos del imperio en esta ingenua confesión del coronel francés Niox, y vamos adelante.

Arteaga salió de Tacámbaro el 14 de Junio y venció su primera jornada en Acuitzio, simulando seguir el camino de Morelia, en donde cundió el pánico; el 15 estaba en Quiroga, y entonces la guarnición de Pátzcuaro se puso en alarma; el

16 avanzó á Zacapu, en donde se le unieron las secciones de Garnica y de Ronda, y desde allí los espías del imperio corrieron á prevenir á los jefes de los destacamentos de Zamora, La Piedad y Puruándiro, que el enemigo, *la chinaca*, podía dirigirse sobre cualquiera de aquellas plazas.

El 17 el ejército penetró en la obscura y profunda sierra del Sur de Zacapu, yendo á tomar su *rancho* en el agreste paisaje en que se halla el ojo de agua del Pajarito. Allí Régules, al rendir á Riva Palacio el parte "sin novedad," preguntó por el general Arteaga. El general Arteaga no estaba en el campamento. Se le había visto todavía una hora antes; pero después nadie daba razón de él. Riva Palacio envió varios oficiales á buscarle, Régules confió la misma misión á sus exploradores, y guiado por uno de éstos fué el que logró encontrarlo en lo más espeso del bosque. El general en jefe estaba acostado en el suelo, y un ayudante suyo le curaba las antiguas heridas que las fatigas de la marcha habían vuelto á abrir. "A la vista de aquel lastimero cuadro—refiere Rubio—el general Régules le decía: "señor, regrese vd. á Tacámbaro y de allí trasládese á Huetamo para entregarse á una formal curación. Allá servirá vd. más todavía disponiendo las operaciones, que aquí precipitando el término de su vida." El general se rehusó á seguir estos consejos, y poco después apareció en el sitio en que se hallaba la tropa.

En la tarde llegó la división á Nahuatzen. En la noche se verificó una junta de guerra, y allí fué unánime el pensamiento de dar al día siguiente el ataque: ¿á dónde? Los soldados lo decían ya en los cuarteles, asando su *troncha* en los fogones improvisados.

—¡A Uruapan!

—¡A Uruapan! repetían las soldaderas, yendo y viniendo muy contentas y cantando:

"Chatita, vamos á Uruapan,
Ya verás qué bonito es;
Muchos ríos, muchas frutas,
Muchas huertas de café."

En la misma noche salieron para Uruapan algunos exploradores, hombres y mujeres, que, disfrazados de rancheros,

llegaron al día siguiente, muy de mañana á la ciudad, entraron á la iglesia á oír misa, y con este pretexto y luego con el de comprar su *recaudo*, pues era día domingo, inspeccionaron las fortificaciones y tomaron los demás datos que se les había encargado. A las nueve a. m. salieron por el camino de la Quinta, *chicoteando* sus *matalotes*.

Como á las doce del día (18) recorrió las calles principales un *convite* de gallos para las peleas que había ajustado con algunos vecinos el coronel D. Francisco de P. Lemus, comandante de la guarnición, pues aquel jefe tenía vicio por esta clase de juego, como casi todos los militares del tiempo de Santa-Anna, que era el rey de los galleros.

No omito este incidente del convite, para manifestar que en la plaza no se tenía noticia alguna de la aproximación de los republicanos. Repentinamente, á todo escape, bajó por las calles de Santiago uno de los contraguerrilleros de Lemus, el llamado Florencio Morón, gritando desafortadamente:

—¡Ahí vienen! ahí vienen! son muuuchos!

Con aquella calma que engendra la verdadera presteza, Lemus mandó tocar generala; los clarines de la caballería sonaban botasilla; uno de los ayudantes comunicaba al prefecto D. Isidro Paz (que en esta vez se resolvió á quedarse en la plaza) la orden de que enviara patrullas á recoger vecinos y transeuntes para encerrarlos en el atrio, á fin de que ayudasen á la defensa.

Mientras esto se ejecutaba, Lemus con unos treinta jinetes subía hacia la Quinta á reconocer al enemigo.

En aquellos momentos se desató un fuerte aguacero: esta circunstancia y la voz de alarma dada por Morón, favorecieron á los paisanos, que pudieron huir, no cayendo de *leva* más que unos diez ó doce, en tanto que se cerraban con estrépito los zaguanes de las casas y las puertas de las tiendas.

La guarnición, compuesta de quinientos infantes, doscientos caballos y cuatro piezas de artillería, ocupó los puntos fortificados, que eran: la Parroquia y sus dependencias, comprendiendo una manzana aislada circuida de ancho y profundo foso; calle de por medio, por el Norte, la casa de D. Ambrosio Madrigal convertida en fortín, que se denominaba

"Rangel;" por el Oriente, también calle en medio, la manzana llamada entonces de *Sierra*, con dos fortines, el primero con el nombre de "Lemus," á la mitad del portal que está al Norte de la plaza, en cuyo fortín tenía su alojamiento el jefe de la guarnición, y el segundo en la esquina Noreste, llamado "Fortín Paz," por ser la casa del subprefecto D. Isidro Paz, y por último, el Parián, entre las dos plazas, comunicado con las demás fortificaciones por medio de un camino cubierto. Las cuatro piezas de artillería estaban colocadas, una en la puerta principal del atrio, la que ve al Sur, y teniendo al frente la plazuela que hoy se llama de los *Mártires*; otra en la puerta que mira al ángulo de la plaza principal; otra en la barda que cierra al Norte el perímetro de la Parroquia, y la última en el fortín "Lemus."

Quien conozca la localidad comprenderá á primera vista que las fortificaciones eran formidables, no habiendo un sólo punto para el ataque, en donde no se cruzasen los fuegos y por donde no quedasen los asaltantes á pecho descubierto.

Quando Lemus llegó con sus treinta ginetes á la calzada de la Quinta, ya estaba allí la vanguardia de los republicanos formada de los cuerpos de caballería de Garnica y de Ronda con el general Riva Palacio á la cabeza. Este jefe al ver al enemigo, dirigió la palabra al joven comandante Antonio Huerta, sobrino del general D. Epitacio Huerta:

—Huertita, le dijo: escoja vd. algunos amigos y vaya al encuentro de Lemus, que de seguro es el que ahí viene.

Antonio llamó á su lado á Margarito Cárdenas, á Isidro Díaz, á Rafael Aguilar y á otros veinte de los oficiales de Coeneo: saludaron al general, se afirmaron los barboquejos, empuñaron la *garrocha* y fueron á darse el *encontrón*. Pocos minutos duró el combate, lo bastante para que de uno y otro lado hubiera algunos muertos y heridos. Lemus retrocedió, pero los chinacos no se le apartaron, cargándosele en la extensión de las calles de Santiago hasta llegar al atrio: allí se trabó nueva lucha; las lanzas estaban tintas de sangre; los imperialistas casi todos heridos y agolpados á la puerta para poder entrar; un sargento de Lemus, á fin de dar tiempo de

que su jefe penetrase á la fortificación, empeñó un combate personal con Antonio Huerta, recibiendo de éste un lanzazo tan terrible, que al retirar el arma salió violentamente un chorro de sangre que bañó el rostro del jefe chinaco.

No todos los compañeros de Lemus pudieron penetrar al recinto fortificado: el capitán Lara, el teniente López y cuatro soldados quedaron cortados, y al huir por las calles de San Francisco, cayeron en poder del teniente coronel Salgado, quien incorporó en su cuerpo á los soldados y dejó libres á los oficiales, sus antiguos camaradas.

De los compañeros de Huerta murieron Margarito Cárdenas, Isidro Díaz y otros tres oficiales cuyo nombre no recuerdo.

Lemus se encontraba ya dentro de la fortificación, ileso, grande el corazón y serena el alma, animando á sus soldados más con el ejemplo que con la palabra.

Era la una de la tarde. Los republicanos estaban en las calles de la ciudad: tres columnas de infantería se desprendieron á paso veloz y emprendieron el ataque por las calles de San Miguel, la de Santiago al costado de la iglesia y la que desemboca al ángulo Suroeste de la plazuela. Tras de una descarga de la artillería, los infantes dieron el asalto brusco, haciendo un fuego nutrido y llegando algunos hasta introducir las bayonetas en las aspilleras de los muros del atrio, después de atravesar el foso metidos en el agua hasta el cuello. No cesaba el fragor de los disparos; las campanas de la torre, heridas por las balas, producían un tañido lúgubre; las plazas y las calles ofrecían á la vista regueros de sangre, y de trecho en trecho había cadáveres é infelices moribundos.

El general en jefe mandó tocar retirada. Habíamos sufrido grandes pérdidas en asalto tan espantoso. La más sensible de todas fué la de aquel valiente hijo de Zitácuaro, el coronel Félix Bernal, el mismo que recordarán los lectores sustituyó en Tacámbaro, durante el combate con los belgas, al coronel Luis Robredo, muerto en el acto de tomar una fortificación. Al sentirse herido Bernal, y comprendiendo que su fin estaba próximo, se hizo conducir á presencia del general Riva Palacio, que se hallaba en la primera calle de Santiago,

le pidió que le diese un abrazo y se despidió de él con palabras llenas de ternura. El teniente coronel Luis Carrillo tomó el mando del batallón, huérfano de su jefe.

Las columnas asaltantes ocuparon varias casas de las que están en las plazas; se pusieron pelotones de soldados en los techos y en las ventanas, se improvisaron pequeñas trincheras, y entonces comenzó entre sitiadores y sitiados un tiroteo lento pero incesante. El cañón de uno y otro lado no dejaba de oírse.

En la tarde volvió á llover. Se había desatado una lluvia de esas tenaces y abundantes, propias de aquella zona. Nubes gruesas y que casi rozaban la tierra, obscurecían el ámbito de la ciudad; de cuando en cuando se veía, hacia el Norte, el zig-zag del relámpago y se escuchaba el eco lejano del trueno, rodando con estrépito por las crestas de la sierra.

Por varios puntos del perímetro fortificado se empeñaron combates parciales, pues que republicanos é imperialistas, fastidiados de permanecer tras de las trincheras, hacían salidas audaces, y después de un corto fuego volvían á sus posiciones. Los batalloncitos de los tenientes coroneles Pablo Jiménez y Andrés Huerta, atacaron é incendiaron la casa de D. Ambrosio Madrigal, en que estaba el "Fortín Rangel," quedando el campo abierto para poder batir el Norte de la Parroquia. Dichos jefes se situaron en las casas del frente, y desde allí dirigían sus fuegos sobre el edificio. En aquel punto se verificó un curioso desafío: dos oficiales, uno del imperio y otro de la república, que respectivamente mandaban los retenes más avanzados, se propusieron cazarse uno al otro, y espíandose los movimientos, disparaban sin resultado, porque ambos estaban listos para ocultarse en el instante preciso de salir el tiro: muchas balas pasaron tangentes á su cuerpo; algunas les agujerearon los sombreros y los trajes. Al principio del duelo se provocaban con insultos, luego se dirigieron palabras de cortesía y acabaron por chancearse cariñosamente tratándose de *tú*, sin dejar por esto cada uno de procurar acertar en el otro el disparo de su arma.

—A mí me gustan los valientes como tú, dijo el republicano.

—Es que donde tú te paras se han de parar muy pocos, contestó el imperialista.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Vicente Acha; soy *cuerepo* de Pátzcuaro; ¿y tú?

—Soy *jarocho* veracruzano, de Tlacotalpan: me llamo José Guadalupe Caldelas.

Al par que estos dos oficiales, sus soldados se platicaban, procurando empero la ocasión de despachar á su amigo al otro mundo.

Seguía diluviando. El General Arteaga, sea por carácter, ó por el estado de su salud, era hombre á quien cansaba una situación crítica, y en aquella vez le desesperaba la taimada é inteligente resistencia de Lemus, veía lo difícil de dar con éxito un segundo asalto, con la circunstancia de que mientras los sitiados estaban á cubierto, los republicanos, para atacar, hubieran tenido que soportar el aguacero y ver acaso inutilizado su parque. Además, era probable que el general Tapia se desprendiera de Pátzcuaro, y uniéndose á la guarnición de Taretan que mandaba el teniente coronel Andrés Pineda, uno de los más distinguidos jefes del ejército imperial, viniese en auxilio de la plaza, siendo entonces indefectible la derrota de los republicanos. Manifestó sus impresiones á Riva Palacio, quien temeroso de que se diese la orden de prescindir del ataque, inclinó al general en jefe á celebrar una junta de guerra. Eran las diez de la noche cuando se reunieron en el alojamiento de Arteaga, en la calle de San Juan, una cuadra distante de la plaza, el mismo general en jefe y los generales Riva Palacio y Régules. Éste opinó desde luego por que debía darse el ataque decisivo, manifestando que él conocía á palmo la ciudad y que podía hallar algún punto débil para penetrar á las fortificaciones. El lenguaje de Régules era de suyo áspero y rudamente franco: sus palabras hirieron la susceptibilidad de Arteaga, quien con acento vibrante, dijo:

—¿Es decir que vd. se compromete á tomar la plaza?

Riva Palacio hizo á Régules una indicación imperceptible para Arteaga. Régules contestó:

—Si señor, me comprometo.

—¿Y con qué me responde vd.?

—Con mi cadáver, pues si no tomo la plaza será porque habré muerto.

Arteaga se dobló ante aquella convicción enérgica, y en el acto dictó la orden, confiando el mando de la división al general Régules. Los ayudantes del Cuartel General y los de Riva Palacio corrieron á comunicarla á todos los cuerpos.

Régules se dirigió inmediatamente á donde estaba el grueso de la infantería, y tomando los pequeños batallones de los comandantes Jesús Villanueva y José María Macías, los condujo dando un rodeo para pasar entre las calles 1ª y 2ª de San Francisco, hasta entrar con ellos por el Oriente del Hospital, manzana contigua á la en que estaban los fortines "Lemus" y "Paz." Aquel era el punto vulnerable. Desde luego dejó sus instrucciones á ambos jefes, y mientras Villanueva desalojaba á los defensores del segundo fortín é incendiaba la casa que era propiedad de D. Isidro Paz, y mientras Macías atacaba un retén que estaba en la extremidad opuesta de la calle, casa de D. Ramón Farías, procurando también incendiarla, lo que no consiguió porque un capitán del imperio, á costa de su vida, cortó á tiempo el fuego, Régules con su reducido Estado Mayor fué á recorrer la línea y á formar sus columnas de ataque. Éstas fueron las siguientes:

1ª A las órdenes del coronel José Vicente Villada, que debía acometer por el Sur de la plaza principal el camino cubierto y el fortín Lemus. Esta columna se situó en la manzana del frente.

2ª Mandada por el coronel José María Hernández, para atacar por el Sur de la plazuela de la Parroquia. Ocupó la casa, esquina de la calle de San Juan y el portal conocido entonces con el nombre de Gutiérrez (hoy Rafael Carrillo).

3ª Su jefe el teniente coronel Felipe Montenegro, por la misma plazuela: se situó en la casa esquina de la calle de San Juan y el portal Solís (hoy Gordiano Guzmán).

4ª Al mando del teniente coronel Luis Carrillo, la cual ocupó el mesón Morelos (Avenida Ocampo) para atacar el costado derecho de la Parroquia.

5ª A las órdenes del teniente coronel Pablo Jiménez, en

la casa de Eiquihua, 1ª calle de la Independencia, para asaltar el lado Norte de la Parroquia.

6ª A las órdenes del comandante Jesús Villanueva, que ocupó la parte Norte del Hospital, y que acababa de destruir el fortín "Paz;" y

7ª Al mando del comandante José María Macías, al Sur del mismo Hospital, con orden de ayudar en el ataque del fortín "Lemus."

Había además otra pequeña columna compuesta de cuerpos de infantería, verdaderos piquetes, que mandaban el teniente coronel Andrés Huerta y los comandantes Genaro Román y Pablo Conejo. Esta columna obraba á las inmediatas órdenes del general Régules.

Las cuatro piezas de artillería se repartieron, una al coronel Villada, otra al teniente coronel Felipe Montenegro, otra al de igual grado Pablo Jiménez, y la última quedó en poder del comandante de artillería Martiniano León.

Cada uno de los jefes de columna fué á situarse en sus nuevas posiciones, no sin que procurasen estorbárselo los imperiales. Villada tuvo que ocupar la casa de D. Juan Gil, á doce varas de distancia del Parián y del camino cubierto de que he hablado: en consecuencia, se vió precisado á emprender sus trabajos en medio del fuego cruzado que desde ambos puntos le dirigían, casi á quema ropa. Atrincheró por el interior las puertas de las dos tiendas laterales del zaguán y aspilleró las paredes; en el pasillo del zaguán construyó una pequeña trinchera de adobes tomados de un horno que había en la casa y colocó en ella la pieza de artillería. Se ocupaba en esta obra cuando llegaron los generales Arteaga y Riva Palacio, que recorrían la línea de circunvalación. Villada los invitó á tomar una taza de café y les suplicó que esperasen hasta ver disparar el primer cañonazo: en efecto, concluida la trinchera, mandó abrir rápidamente el zaguán, disparó el cañón, y al ver que los que defendían el camino cubierto huían de la metralla, lanzó sobre ellos un piquete de infantería que tuvo que regresar, porque Lemus, con una fuerza de dragones, á pie, obligó á los fugitivos á retroceder y á improvisar un nuevo parapeto. Al separarse Arteaga de aquel punto recomen-